



CESAR SILVA

Mi amigo

HUMBERTO MATURANA

La investigadora Ximena Dávila conoció a Humberto Maturana hace 22 años y en 2000 fundaron Matríztica, un centro de pensamiento que selló la amistad entre ambos. A poco más de dos semanas de la muerte del biólogo, ella escribe a petición de “Sábado” sus recuerdos con él, más allá de la vida científica que compartieron: desde sus gustos culinarios hasta los golpes más duros que recibió, como la muerte de su pareja o su desvinculación de la Universidad de Chile. **POR XIMENA DÁVILA**

“No conozcas a tus amigos para amarlos siempre”. Esta frase del “doc” me hace hoy más sentido que nunca. Cuando decimos de un amigo o de la pareja “ya la o lo conozco”, acto seguido, lo dejamos de ver, de escuchar, deja de importarme y se desvanece ese co-sentir, co-emocionar, sus penas, sus alegrías, total, “ya lo conozco”. Por eso digo con plena libertad que no conocí al doctor Humberto Maturana, pero sí fui amiga del “doc”, como lo llamamos cariñosamente en Matríztica.

En estos 22 años aprendiendo, trabajando, conversando, jugando, viajando para hacer seminarios, riendo, y a veces también llorando, nos fuimos haciendo “hermanos de alma” como lo dijo tan bellamente nuestra amiga Lia Diskin.

Me viene un primer recuerdo que atesoro, sucedió allá por los años 90. Por esas cosas de la vida, tuve la posibilidad de asistir como oyente a las clases que dictaba en un posgrado en la Universidad de Chile, en el Facultad de Ciencias Sociales, junto a una pléyade de profesores ayudantes. Fue para mí como si a un niño lo invitaran a una fábrica de dulces y chocolates. Sentí una gran alegría, poder escuchar en vivo y en directo a ese hombre que llamaban “maestro”. Desde mi eterna curiosidad, entender lo que eran sus clases era magnífico, ya que hasta ese momento solo había conocido sus explicaciones por terceros, de lo que ellos escuchaban o creían entender de Maturana.

Ese día llegué a la primera clase; en el lugar había una mesa enorme y a su alrededor se iban acomodando los alumnos inscritos. Me ubiqué en una de las sillas puestas atrás, junto a una señora de pelo blanco y de ojos claros. No sé si entendí mucho la clase, pero al observar el espacio psíquico y emocional del lugar, me di cuenta de la admiración que causaba en la audiencia: mi sensación fue como si estuvieran frente a un intocable. A mí me pasó algo distinto, vi a un ser humano rodeado de muchas personas, pero a la vez muy solo.

Conversé sobre la clase con la señora sentada a mi lado, y en un momento me dice: “Bueno, linda, nos vemos el próximo miércoles, óvas a creer que cae el mismo día del cumpleaños de Humberto?”. Después supe que esa señora de pelo blanco y ojos claros era Maruja Montañez, su esposa y mamá de sus dos hijos mayores, Marcelo y Alejandro.

Saliendo de allí, pensé que el próximo miércoles era el cumpleaños del profesor y había que celebrarlo. Se lo comenté al grupo con quien asistía y la respuesta fue que en la academia eso no está permitido, y que no creían que a Maturana le gustaría. Pensé: “¿Y por qué se podría molestar, acaso en la academia no celebran los cumpleaños?”. Yo creía que tenía que haber una celebración, un cumpleaños como el de los niños: con gorros, pitos, platos con monitos para servir la torta.

Llegó el 14 de septiembre, acomodamos la mesa grande, compré una rica torta, cositas para picar, las velitas de rigor, y comenzaron a llegar los alumnos. Al ver que se iba transformando en una mesa de cumpleaños, notaba que algunos guardaban silencio. En un momento pensé: “En realidad puede que esto no sea oportuno aquí, pero todos celebran sus cumpleaños, ¿por qué Maturana no lo celebraría en el lugar donde pasa largas horas de su vida?”.

Comenzaron a llegar los profesores y ayudantes. Cuando apareció Humberto no voló una mosca hasta ver su reacción. Para él fue una sorpresa. Le entregamos su gorro de rey de la fiesta y repartimos los gorros típicos de cumpleaños a los asistentes, junto a esos pitos que se soplan y se estiran. Cuando se apagaron las luces, cantamos el “Cumpleaños feliz”, tímidos al principio, pero el canto comenzó a tomar más fuerza, y al terminar recuerdo al “doc” con su gorro de rey, soplando su pito y disfrutando su fiesta parado arriba de la mesa. Siempre curioso, vergonzoso, a veces tímido, como un niño crecido.

El “doc” disfrutaba de las pequeñas cosas de la vida, tenía un sentido del humor espontáneo y del cual nos reíamos mucho. Sus chistes eran repetidos y bien fomes, pero igual nos causaba risa. Él siempre recordaba con mucha nostalgia sus años de verano con su mamá Goguita, a quien cuidó y protegió hasta que ella tenía más de 100 años. Así también lo hizo con miembros de su familia, económica y amorosamente, y con personas que él consideraba que eran parte de su entorno porque habían trabajado alguna vez para él. Maturana vivió y conoció la pobreza y la austeridad en su infancia, como un valor que hoy hemos perdido en el afán del consumismo.

Como “hermanos del alma”, nos contuvimos en momentos de gran dolor, tanto míos como de él. La muerte de su compañera Beatriz, en febrero del año 2013, fue muy dura para él, la lloró en silencio y la recordó con alegría por lo compartido juntos. Fue su amada compañera de viaje por tantos años.

En estos últimos seis años se hizo amigo de Mari, mi mano derecha, quien era su guardiana: lo cuidaba con gran cariño y le cocinaba las comidas que le gustaban. Él siempre le preguntaba: “Señora María, ¿qué hay que comerse primero antes de que se eche a perder?”, y ella le respondía que todo estaba fresco y comiera lo que quisiera. La leche asada era uno de sus postres favoritos. También disfrutaba las mermeladas con queso que le enviaba su hermana Claudia desde Puerto Varas. Para Maturana, Claudia fue siempre su hermanita y lo tranquilizaba saber que si un día él partía, no quedaría sola, porque estaban las amorosas hijas de ella.

Para el “doc”, la desvinculación de la Universidad de Chile fue un duro golpe, pero entonces vino la creación de Matríztica. Él siempre me decía: “Ximena, he sido un afortunado. He tenido en esta parte de mi historia la oportunidad de seguir activo. Hemos creado algo maravilloso que le da sentido a todo mi trabajo”. Cuando nuestros alumnos nos revelaban la transformación que han tenido en sus vidas profesionales, familiares, personales, él decía: “Siento que me puedo morir tranquilo, pues todo este tiempo que le hemos dado vida a lo biológico-cultural es para mí una parte muy importante de mi trabajo como científico, como biólogo, como filósofo, y mi deseo está en que algún día las personas valoren lo que hemos hecho al co-crear esta escuela de pensamiento al sur del mundo”.

Últimamente se negaba a aceptar perder su autonomía. Nuestras conversaciones en sus últimos días se orientaron al dolor que sentía de que el ser humano siguiera una deriva que orientara su vivir hacia la inteligencia artificial o la robotización, la que creía podía interferir con la biología, en el sentido de perder como personas la acción y la autonomía reflexiva y pasar a someterse a una máquina.

Nuestras innumerables conversaciones seguirán acompañando mi alma. S

MATURANA DE SU PUÑO Y LETRA

Escogí estas citas en que el “doc” se refiere a los períodos más significativos de su vida reflexiva. Las tomé de la introducción general de la colección de sus libros editados por Paidós.

“Yo viví en mi infancia dos muertes que me conmovieron profundamente como pérdidas muy dolorosas cuando solo tenía seis años (1934): las de mi gatito y de mi tío Alfonso. Mi gatito murió en mi casa y lo vi muerto, mi tío murió en otra ciudad; lloré mucho y no quería creerlo. Fue entonces cuando comencé a preguntarme: ¿Qué es el morir?, ¿qué es lo vivo que muere? Preguntas que han estado presentes en mi sensorialidad hasta ahora que tengo la respuesta, pasando por la religión y la mística, hasta la biología-cultural”.

“Como estudiante de medicina y de biología me di cuenta de que somos sistemas moleculares y que como tales existimos como entes determinados en nuestra estructura (1952-3), y lo que nos parece y sentimos externo a nosotros, no puede decirnos nada sobre sí mismo, de modo que nuestra coherencia operacional con el medio que nos hace posibles y nos contiene es el continuo resultar de nuestro devenir evolutivo”.

“En mi trabajo experimental descubrí que como entes discretos los seres vivos éramos redes de producciones de elementos que se producían continuamente a sí mismas (años 1963-4). Y me di cuenta de que si lo externo no podía decirnos nada de sí mismo, tenía que replantearme la pregunta por lo que conocemos y preguntarme: ¿Qué es el conocer?”.

“La otra pregunta que me aparece como central es por el lenguaje: ¿Qué es el lenguaje? Me di cuenta también de que todo sustantivo oculta un verbo que siempre implica un hacer. Y comencé a hablar de *lenguajear*, que es la coordinación de haceres que distingue el observador cuando distingue un fluir en coordinaciones conductuales consensuales recursivas. (1966 a 1975). Y desde este presente esto no ha cambiado, sino que se ha enriquecido”.

“Cuando me encontré con mi colega Ximena Dávila en 1997/8 yo veía que todo lo que nos sucedía en nuestro vivir ocurría como un suceder meramente biológico. Y no por decir esto estoy disminuyendo la importancia que tiene el entender la clase de seres que somos los seres vivos y de cómo operamos como tales. En una de nuestras primeras conversaciones, Ximena me dijo profundamente conmovida: ‘Doctor, he hecho un descubrimiento, que tiene que ver con el dolor, con el sufrimiento humano, con el mal-estar en esta sociedad que vivimos y que hemos construido nosotros mismos. Es hacerse y hacernos una pregunta, que yo siento que no es “inédita”, que nadie nunca se la haya hecho. Jesús en la Cruz dijo: *Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen*. Buda nos habla de que hay dolor y de que la liberación del dolor surge con el desapego cuando uno se da cuenta de que en su ignorancia válida algo que a la vez le produce placer y dolor. Y yo me decía que si esa es una experiencia tan antigua en la historia humana, está claro que debe tener plena vigencia hoy, y me preguntaba por el dolor humano: ¿Por qué nos duele tanto la vida?, ¿por qué seguimos resolviendo lo que llamamos los problemas humanos en la lucha, en la guerra que causa más dolor?’. Al escucharla, tuve mi cuarto momento reflexivo fundamental, que llamé, por su potencia, “remezón reflexivo”, al darme cuenta de que ella me mostraba con lo que decía algo que yo no había visto ni habría comprendido antes, esto es: que los seres humanos existimos como personas que viven en armonía psíquica y fisiológica solo en un ámbito humano en el que se quiere convivir en la honestidad del respeto por sí mismos o sí mismas como el fundamento del bien-estar en el mutuo respeto. Mi comprensión de nuestro vivir y convivir humano, y de los mundos que aparecen con nuestro vivir, solo ocurre plenamente en estos últimos veinte años al comprender nuestro vivir biológico-cultural en el entrelazo de nuestro conversar reflexivo”.